

lineas, las cercas y el radio que había de abarcar, que al principio fué muy reducido. Señalaba los terminos, las esquinas y ángulos por donde torcería la cerca; en qué lugar había de estar el templo, qué sitio era el de las puertas, en qué parte se habían de poner los claustros, las oficinas, los dormitorios; y sólo se lastimaba de que todos, como ella, no viesen presente, con un rayo de luz celeste, la forma exacta del monasterio.

Indignábase con esto más que todos la madre de Rosa y no podía llevar en paciencia que su hija á todas horas, dentro y fuera de casa, hiciese mención de este monasterio, asegurando con toda certeza que había de edificarse; dando á todo género de gentes las señas, sin dudar y sin temer. No se descubría por entonces quien tomase á su cargo diligenciar negocio tan arduo, ni quien quisiese ser el primero, que comenzase á mover los ánimos y persuadir la empresa ó apadrinarla: antes todos daban de mano al negocio teniéndole por imposible á las fuerzas humanas, reprendiendo á la virgen, como á mujer, que daba crédito á las quimeras que su imaginación fingía, ó que estaba pertinazmente asida á la pasión que tenía con Santa Catalina; y que por eso afirmaba que había de haber monasterio de su nombre en Lima. El mismo Doctor Castillo, á quien tanto veneraba Rosa por ser su santidad tan notoria, ponía todo su esfuerzo en apartarla de lo que él creía una preocupación, porque juzgaba que las dificultades eran muy insuperables. Del mismo parecer eran don Gonzalo y sus confesores. Todas estas cosas afligían mucho á su madre, que temiendo la infamia y afrenta que de aquí podía resultar á ella y á su familia, no cesaba de reñir á su hija, diciendo que por sólo su capricho y llevada de su antojo, quería prevalecer sólo ella contra el parecer de varones tan prudentes, y que no era buen consejo oponerse obstinadamente al juicio de todos los cuerdos; decía que dentro de pocos días, si perseveraba en aquel sentir, había de ser la mofa y hablilla del vulgo; y finalmente que en tales puntos más

se había de atender á la razón que á la porfía y contumacia endurecida y proterva: que el monasterio que prometía antes se vería edificado en los espacios imaginarios que en la ciudad de Lima. La virgen, empero, más alegre con tantas contradicciones, con humildad y buen semblante respondió á todo con decir: «Ea, pues, madre dulcísima, cesen ya las diferencias y disensiones de palabras. Tú has de experimentar con gran provecho tuyo cuán difícil es recalcitrar contra el agujón, que cuanto más se resiste, más vivamente hiere. En el convento de Lima de Santa Catalina, que te estoy diciendo, tu has de ser de las primeras que vistan el hábito blanco de monja, en él te han de dar el velo, allí has de hacer profesión solemne, allí has de acabar tus días en vida religiosa.» Oyendo estas razones perdió la madre los estribos de la paciencia, montó en cólera, pensando que su hija se burlaba de ella y que decía esto por irritarla, echó de sí á Rosa con desaire, y daba gritos diciendo: «Yo había de ser monja? yo, á quien en todos los días de mi vida ha pasado por el pensamiento serlo? Yo, que no tengo con qué pagar el dote, que ni sé cantar ni jamás entendí de punto, que me he criado siempre enredada en cuidados del siglo, sin devoción, sin espíritu, sin poder sufrir clausura, cargada de hijos, yo me había de encerrar en el monasterio? En edad ya avanzada había de recibir el velo y profesar una regla estrecha, rigurosa y tan dificultosa de observar? Dios nos libre del demonio. ¡Jesús! ¡Jesús! bueno va de ensartar disparates; cuando volaren los elefantes verás esto cumplido. Basta, Rosa, basta, hartos desvaríos has dicho, calla y déjame á mí, no quieras sacarme de paciencia, ni hacerme creer imposibles.» No volaron los elefantes al principio del año de 1629 y con todo eso vieron todos á María de Oliva hecha monja en el nuevo convento de Santa Catalina de Lima, donde después de la muerte de su marido, siendo ya de sesenta años, con devoción y espíritu quiso ser agregada al número de las religiosas, hijas de nuestro Padre Santo

Domingo, cuando con el sagrado hábito tomó el nombre de María de Santa María, y cumplido el año del noviciado profesó, y llena de años y días acabó santamente la vida. No tenía la pobre viuda caudal para pagar cuatro mil pesos de plata, que era el dote que se había consignado para las que habían de ser admitidas al velo; mas para que no le fuese la pobreza estorbo, ya había provisto de antemano lo necesario el Esposo celestial, que á todo se extiende, inspirando á la fundadora que uno de los contratos y pactos con que se admitió el convento, fuese que se reservase á su albedrío el recibir algunas personas de buena vida sin dote. Y una de las que gozaron de este privilegio y obra piadosa fué la madre de Rosa.

Falta ahora por decir una señalada y memorable profecía de Rosa, que tocaba á la fundadora y primera Priora del convento de Santa Catalina. Doña Isabel Mejía, matrona ilustre, tenía por criada á Mariana, á quien estando enferma, de caridad servía de enfermera Rosa, como acostumbraba; por ser muy conocida y frecuentada aquella casa de sus padres. Con esta ocasión muchas señoras nobles venían á visita por ver á Doña Isabel y por saber también el estado de la enfermedad de su criada. Un día vino á visita Doña Lucía Guerrero de la Daga, señora ilustre no menos en virtud que en parientes y riquezas, insigne y conocida de todas. Viendo, pues, á Rosa, de quien había oído decir grandes cosas, que á la sazón estaba ocupada en cuidar de la enferma, comenzó á aficionársele y á tener devoción con ella; y no dejando de la mano la ocasión que se ofrecía, comenzó á travar conversación con ella, y después que cortésmente se saludaron, la rogó con instancia que se acordase de ella en la oración y en los ejercicios de virtud que cada día hiciese. Rosa sintiendo entonces que interiormente la movían con afecto recíproco, obligó á la matrona de nuevo, ofreciéndole lo poco que ella pudiese obrar en servicio de Dios; y porque instaba y pedía Lucía con más eficacia, que se

acordase de ella, la prometió muy en particular escoger un día todas las semanas en que encomendarla á Dios muy de veras. Después de haber vuelto la matrona á su casa muy ufana y contenta con el ofrecimiento de Rosa, no podía sosegar ni se quietó hasta volver á verse con ella, que ya era toda suya, y reconvenirla para que cumpliera lo que había prometido. Vino, pues, otra vez á visitar á Doña Isabel, volvió á hablar á la virgen, con pretexto de encomendar á su marido y á una hija pequeña; porque en aquella sazón debían de necesitar más de sus oraciones. Rosa, como si estuviera leyendo en el corazón de D.^a Lucía, abrazóla con más afabilidad que el día pasado, sin responder por entonces palabra acerca de lo tocante á su marido é hijos. Pero empeñóla de nuevo en su amor y correspondencia, ofreciéndole no sólo encomendarla á Dios un día de la semana, sino también hacerla participante de todas sus obras y ejercicios espirituales, movida la virgen de secreto impulso del cielo; que aun no alcanzaba ella misma ni sabía de dónde ó por qué obraba con Doña Lucía con tan extraña fineza sin haberla antes conocido. Levantando entonces la virgen los ojos, que siempre solía tener como clavados en la tierra, y poniéndolos en el rostro de Doña Lucía, con gran atención comenzó á llenarse de gozo su espíritu, que sin ella advertirlo la salía al rostro. Palpitaba el corazón de contento, y finalmente con modesto regocijo, dando ósculos de amor, paz y cariño á Doña Lucía, le dijo: «Gózate, madre, y date mil parabienes, pues Dios te tiene guardada para instrumento de una gran obra suya.» Y repitiendo esto, derretido el corazón en júbilos, la besó muchas veces con ósculos dulcísimos; sin que ella resistiese, porque estaba atónita y suspensa en admiraciones.

No puede explicarse cuánta devoción comunicó á la noble matrona el fervor que habitualmente moraba en Rosa; quedóse como helada y sintió que con el aliento y palabras de la virgen se hallaba trocada en otra. Iban

penetrando por las arterias ocultas de su alma dulces aunque desconocidas llamas. El corazón, distraído felizmente con varias y santas deliberaciones, se elevaba por medio de afectos encendidos á lo alto; como si llevada de impulsos fuertes y repetidos se viera obligada á dar voces con San Pablo, derribado en tierra, diciendo: «Señor, aquí me tenéis pronta, decidme qué es lo que ordecnáis que obre en servicio vuestro.» Con estos afectos volvió á su casa y por el camino iba hablando entre sí con Dios y decía: «Señor, si es voluntad vuestra y disposición eterna de vuestros decretos; si es para mayor gloria de vuestro santo nombre, que yo del estado que tengo pase á ser Religiosa, proseguid, Señor, daos prisa, cumplid en mí lo que maravillosamente habéis comenzado; veis aquí me ofrezco con todo el afecto de mi corazón, y no sólo yo me pongo á vuestros pies; también rindo á ellos mis hijos y toda mi hacienda, cuanto poseo á vuestra soberana providencia queda; desviad los impedimentos con que sabéis que estoy por ahora imposibilitada.» Desde aquel instante se enseñorearon de su corazón como un escuadrón cerrado deseos eficaces de ser Religiosa y juntamente eficazísima esperanza de serlo; con certeza, ajena de dudas, de conseguir tan santos intentos, de verse libre de obstáculos que pudieran impedirla y de romper con innumerables inconvenientes, que sólo la mano omnipotente de Dios pudiera allanar para dejar libre el paso. No había cumplido entonces treinta años D.^a Lucía; su marido podía prometerse largos años de vida, tenía cuatro hijos y una hija, pendía de su cuidado el gobierno de cuantiosa hacienda, y todo esto no fué bastante para borrar de su corazón ó entibiar la certeza que había concebido de ser Religiosa; en tal forma, que solía tratar con los suyos de la ejecución de este santo propósito; con seguridad tan firme como si dispuestas ya todas las cosas estuviera esperando que muy presto la pusieran el velo de Religiosa.

Acaeció en este interin que el R. P. Juan de Villalo-

bos, que era Rector del Noviciado de la Compañía de Jesús de Lima, fué también á visitar á D.^a Isabel Mejía; donde trabando conversación con Rosa, después de haber los dos hablado de la certeza que tenía del monasterio de Santa Catalina que había de fundarse, le dijo Rosa: «Que ya el día antecedente se había visto en abuel mismo punto con D.^a Lucía de la Daga, en la edad de pocos años; pero madura en el juicio, y que no quería alargarse más por entonces.» Entendió luego el varón religioso y prudente á qué aludía Rosa con lo que había dicho y con lo que había callado de D.^a Lucía; disimuló con todo eso, hasta que después de muerta la virgen se vino á confesar con él D.^a Lucía. En aquella ocasión le comunicó la matrona como estaba en pensamiento de emprender una gran obra y de gran hechura y dificultades; y que eran sus intentos fundar un convento de religiosas con el nombre y tutela de Santa Catalina de Sena; que á esto le impelían estímulos divinos á que ni debía ni podía resistirse; que á este fin estaba resuelta de aplicar todas sus fuerzas, riquezas, cuidados y pensamientos. En consecuencia de esto el Padre confesor acordándose al mismo tiempo de las palabras que tanto antes había oído decir á Rosa, dió á entender á la noble matrona que esto era lo que la virgen la había prometido, cuando predijo: «que Dios la reservaba para una gran obra suya», y que así no desconfiase de la profecía de una virgen, cuya virtud era tan conocida; que tan ardua empresa no podía dejar de tener muchas dificultades, embarazos é impedimentos; mas que con todo eso, cuando estuviese la tempestad más furiosa, se debía más esperar en los auxilios divinos, y que Rosa, que ya reinaba inmortal con su Esposo, fácilmente lograría de Él cuantos fueran necesarios.

Así fué, porque después de poco tiempo llamó Dios para sí al marido de D.^a Lucía y por su orden á todos sus hijos; quietó y atajó todos los embarazos que podían impedir la nueva fundación, que eran muchos y

de gran peso y consideración; trocó los ánimos endurecidos que lo contradecían y los hizo favorables á la piadosa obra que había ya de ejecutarse. Sólo faltaba vencer á los parientes, que eran nobles, los que, atendiendo á la edad de D.^a Lucía, á su prosapia ilustre y muchas riquezas, tanto porfiaban en que admitiese segundo matrimonio, que no omitieron medio alguno para rendirla. Ella, acordándose de la profecía de Rosa y constante en el primer propósito, resistió valerosa, venció, triunfó, y arregladas todas las cosas, como deseaba y mejor de lo que imaginaba, para dar principio al nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, para edificarle y dotarle dió las cuantiosas riquezas que poseía, y finalmente se dió á sí misma, y con el sagrado hábito, tomando el nombre de Sor Lucía de la Santísima Trinidad, fué la primera Priora de su nuevo convento; propagando maravillosamente en sus súbditas con santas amonestaciones, consejos, ejemplo y vigilancia aquel espíritu de religión que tanto tiempo antes había libado de los labios de Rosa cuando recibió sus ósculos; y finalmente acabó allí sus días, quedando su nombre célebre y con fama de santidad. Este suceso tuvo la predicción de Rosa. De donde vino á ser que aquel convento vulgarmente se llame en Lima, ya de Santa Catalina de Sena, ya de Rosa, por cuanto ella le profetizó.



CAPÍTULO XXVIII

Se descubren á Rosa otros muchos sucesos ocultos por revelación divina.

EL MISMO Padre Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, de quien ya hemos hecho mención, afirmó con juramento, como testigo de ciencia cierta, examinado en el proceso, que por experiencia había descubierto en Rosa espíritu profético. Porque habiendo rogado á la virgen que encomendase muy de veras al Señor un negocio de grande importancia y muy secreto, que no podía decir por lo mucho que importaba el estar oculto, y que por consiguiente era justo que él fuese el primero que le callase; Rosa, fijando los ojos en el rostro del Padre por breve espacio de tiempo, cosa pocas veces usada de la virgen, como si leyera todo el caso en un libro abierto, se sonrió modestamente; y de tal modo le respondió, que pudo colegir fácilmente que en aquel instante la había Dios revelado cuanto la ocultaba el Padre. Por lo que atónito del suceso, lo comunicó con el P. Antonio de la Vega Loaisa, varón integérrimo de la misma Compañía,